

COLUMNISTA



UMBERTO
ECO

Con Borges y Lucentini en la Biblioteca de Babel

ROMA

SON las 16. Iván Almeida me escribe por e-mail desde el Borges Center de Aarhus (Dinamarca) para señalarme que en un ensayo mío sobre bibliotecas, la cita que hago (en italiano) de *La biblioteca de Babel* está equivocada. Yo digo que en todas las galerías de la biblioteca "veinticinco estantes, a razón de cinco por lado, cubren todos los lados menos uno", mientras que Borges habría dicho que "veinte estantes, a razón de cinco por lado, cubren todos los lados menos dos".

Por otra parte, yo digo que cada uno de los anaqueles contiene 32 libros, de 410 páginas cada uno, "de cuarenta líneas, cada línea de cuarenta letras", mientras que para Borges cada línea es de ochenta letras.

Recuerdo haberlo citado de la traducción de Lucentini publicada por Einaudi en 1955, reproducida en "Tutte le Opere" (Mondadori, 1984); verifico, y veo que he citado correctamente. No tengo en casa el original, considero prudente consultar al menos otra fuente, y a las 16.30, vía e-mail, solicito a Helena Lozano corroborarlo en las *Obras completas* 1974-81. A las 17, Helena confirma cuanto ha dicho Almeida, pero descubre al mismo tiempo que Lucentini habla de un gabinete que sirve para satisfacer las necesidades "fecales", mientras que Borges habla de necesidades "finales".

A las 17.15 me doy cuenta de que si Lucentini había traducido en 1955, había trabajado sobre la primera edición de "Ficciones", de 1944. Escribo nuevamente a Almeida, el cual, a las 18.30 -después de llegarse hasta la encomiable biblioteca del Borges Center y de lanzar por Internet una consulta con borgesólogos de París, Hamburgo y Grenoble- me comunica que el texto de 1944 es igual que el de las *Obras completas*, pero Borges había publicado ya "La Biblioteca de Babel", en 1941, en la colección "El jardín de senderos que se bifurcan". Me transmite las páginas en discusión, donde los anaqueles son veinticinco, cubren todos los lados menos uno, y el gabinete es justamente para las necesidades "fecales", como decía Lucentini.

Empero, Lucentini se ha equivocado en cuanto al número de letras por línea, las que también en 1941 eran ochenta y no cuarenta.

Autor, traductor, editor

Almeida me hace notar que: 1) de 1941 a 1944, Borges cambia de idea acerca del número de anaqueles de la biblioteca; 2) Mondadori afirma que se atiene a las *Obras completas* de 1974, pero en el caso de *Ficciones*, reproduce la traducción Lucentini de la edición 1944, la cual, al menos para *La biblioteca de Babel*, está basada sin embargo en el texto de 1941; 3) o Lucentini había traducido ya el texto de 1941 y luego, cuando traduce *Ficciones*, en 1944, introduce la versión que tenía ya hecha sin darse cuenta de estos cambios, o bien conocía ambas versiones y ha considerado la segunda como apócrifa.

Son las 19. Helena Lozano, entretanto, se ha acordado de que Lucentini ha introducido otras variaciones respecto de las ediciones de 1944 y 1974, y observo que éstas no están justificadas tampoco en el texto de 1941. Algunas son de escasa entidad, pero una al menos tiene relevancia: para Lucentini, la altura de los estantes y de los pisos "no excede en mucho la de una biblioteca normal" (y por consiguiente la Biblioteca es más espaciosa que otras), mientras que Borges ha dicho siempre que no excede en mucho la altura "de un bibliotecario normal", lo que hace esta galería kafkianamente sofocante. De manera que en la biblioteca de Lucentini los corredores estarían más aireados, pero los libros (con líneas la mitad más cortas) más estrechos, como las ediciones Bompiani de antes de la guerra.

¿Versiones apócrifas?

Por lo tanto, para complicar la hipótesis de Almeida, Lucentini no ha considerado apócrifa sólo la segunda versión, sino también la primera. ¿Debe considerarse apócrifa una traducción que corrige dos originales apócrifos? Díganme si esto no es un cuento de Borges.

La primera parte de esta pesquisa ha podido desarrollarse en pocas horas vía cable; no falta más que averiguar de Lucentini cómo fue realmente el asunto. Pero, como quiera que fuere, ¿son consecuencias metafísicas de estas variantes (ya sean de Borges o de Lucentini), puesto que la biblioteca es un modelo universal? Si Borges hubiese dicho, supongamos, que la biblioteca se componía de mil millones de galerías hexagonales, entonces en Borges 1941 el número de las letras habría sido de miles de billones, y en Borges 1944 y en Lucentini 1955 alcanzarían una cifra astronómica. No digo en comparación con la deuda pública, pero hasta para un astrofísico la diferencia no es poca cosa.

Empero, Borges dice que la biblioteca tiene un número indefinido y quizás infinito de galerías. Y por lo tanto advierto a los contadores de la literatura (con el debido respeto para los contables por partida doble) que no vale la pena hacer muchas cuentas porque en esta biblioteca cualquiera se pierde, como se perdieron Borges y Lucentini, y como un grupo de amigos doctos y pedantes se ha divertido perdiéndose en los meandros de esa telaraña que Borges ya había prefigurado hace cerca de sesenta años.

© LA NACION

(Traducción de Jorge Ortiz Barili)